

Ayotzinapa: síntoma y subversión

Ayotzinapa: symptom and subversion

Rigoberto Hernández Delgado

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (Morelia, México)

Resumen: La psicología, entendida como una ciencia orientada a la emancipación social, tiene el compromiso de decir algo acerca de los deplorables acontecimientos de Ayotzinapa, suscitados en septiembre del año 2014. Apoyándonos en ciertas perspectivas filosóficas y psicoanalíticas, es posible considerar el acontecimiento como un síntoma que revela una verdad social estructural que debe ser transformada con el objetivo explícito de evitar la repetición de esa clase de acontecimiento.

Palabras claves: Ayotzinapa, psicología, síntoma, verdad, subversión.

Abstract: Psychology, understood as a science oriented to social emancipation, is committed to say something about the deplorable events of Ayotzinapa, raised in September of 2014. Through some philosophical and psychoanalytic perspectives, it is possible to consider the event as a symptom that reveals a structural social truth that has to be transformed with the explicit aim of avoiding the repetition of that kind of event.

Keywords: Ayotzinapa, psychology, symptom, truth, subversion.

¿Qué puede decir la psicología sobre Ayotzinapa?

¿Qué puede decir la psicología y los psicólogos sobre los hechos que se han venido suscitando desde el veintiséis y veintisiete de septiembre del año 2014 en Iguala, Guerrero –suponiendo con cierta ingenuidad que ese haya sido su origen–, pero que han provocado una serie de reacciones posteriores de la más diversa índole en todo el mundo, incluyendo a la que se presenta justo en este momento a través de este escrito?, en otras palabras, ¿qué puede decir la psicología sobre Ayotzinapa? La respuesta más inmediata, la que me cruzó por la cabeza al redactar este escrito fue: “nada”. Pero inmediatamente mi respuesta suscita sospechas en mí mismo, ¿nada podría decir la psicología sobre Ayotzinapa? Seguro que ha dicho algo, aunque lo que ha dicho no permite comprender lo que

Ayotzinapa es en sí mismo. Muy probablemente nada podría o querría decir una psicología tradicional, académica y oficialista respecto de algo que aparentemente no le concierne sino de forma muy indirecta. Pero, ¿por qué asumo que esa psicología no tendría nada que decir sobre lo que Ayotzinapa es en sí mismo? Las respuestas son múltiples. En primer lugar, quizá por un prurito de cientificidad, que llevaría a algunos psicólogos a no ir, en sus afirmaciones e intervenciones, más allá del ámbito de lo meramente científico y a no desbordarse hacia el terreno de lo político y lo ideológico, en donde según una vieja tradición epistemológica, ya no puede haber ciencia sino en extensión. Así entonces, esta psicología afectada por una asepsia científicista se cuidaría de no hablar sino de lo que encontramos en los libros de psicología o en los laboratorios de experimentación. Pienso que los que asumen esto son sin duda una minoría. En segundo lugar, probablemente los psicólogos asuman que la psicología nada tiene que decir sobre lo que Ayotzinapa es, porque al ser lo psicológico su campo específico de acción, todo aquello que lo exceda, a saber, lo social, lo político, lo económico, lo cultural, lo ideológico en sentido amplio, etc., todo ello quedaría fuera de su ámbito de injerencia, y hasta complicaría de forma acrimoniosa e innecesaria aquello psicológico e individual que les es propio. Así entonces, la psicología se enfocaría en decir algo sobre Ayotzinapa en lo que le concierne, hablaría del dolor de los padres de los desaparecidos, de su duelo normal o patológico, de las causas “psicológicas” (familiares, individuales, cerebrales quizá) que llevarían a jóvenes estudiantes a cometer actos vandálicos, o a policías y narcotraficantes a ejercer una violencia brutal sobre ellos. En tercer lugar, los psicólogos, ya no la psicología, se negarían a decir algo sobre Ayotzinapa aduciendo desconocimiento sobre el tema, posición bastante honesta y prudente en muchos casos. Pero también podrían abierta y hasta cínicamente, admitir que la cosa ni les interesa ni les debería interesar, pues no tendría relación alguna ni con la psicología ni con su propia vida. Otros tantos finalmente, lamentarían mucho la situación, adoptarían el lugar común de la reprobación a tales acontecimientos, pero muy probablemente lo harán asumiendo que tales acontecimientos lamentables son, sin embargo, extraños y atípicos, acontecimientos que escapan a la normalidad, y que precisamente por ello, lo deseable sería que se restaurara un orden preestablecido, incluso tal vez, invitará como viene haciéndose, a “superar” a Ayotzinapa.

Evidentemente, todas o la mayoría de las opiniones que se expresan este día, aquí y en este momento, no pertenecen a ninguna de las categorías previamente dibujadas. Creo, que todos o casi todos los que estamos presentes ahora, reivindicamos que la psicología no solo puede, sino que debe decir algo, y hasta mucho sobre Ayotzinapa.

Sobre la imposibilidad de adoptar un punto de vista neutral acerca de Ayotzinapa.

Antes que nada, liberémonos de una cierta idea que podría resultarnos obstaculizante y molesta para continuar con nuestras reflexiones. Idea que a pesar de incontables críticas formuladas de variadas e interesantes formas, sigue siendo moneda corriente en la psicología y que se pondera todos los días en su enseñanza universitaria. Tal idea es la de que la psicología, si pretende ser una ciencia verdadera, debe producir un conocimiento dotado de neutralidad. No es necesario profundizar en el sentido de tal afirmación, creo que para todos nosotros es muy familiar. Así, se supondría que el psicólogo que emite cualquier afirmación desde el vetusto baluarte de la neutralidad, se ve obligado a suponerse a sí mismo fuera de sus propias afirmaciones. Él mismo, como sujeto, como sujeto social, político, ideológico, cultural, económico, religioso y hasta psicológico, debe quedar fuera de su punto de vista, en la medida en que intenta hacer hablar a la ciencia psicológica a través de su boca. Reafirmo que no es necesario mostrar aquí las insuficiencias de este punto de vista, irrealizable en sentido estricto, las críticas formuladas a tal intención son muchas y bien conocidas. Sólo diremos que la afirmación de la necesidad de neutralidad del conocimiento de la psicología verdaderamente científica es una de las afirmaciones más ideológicas que puedan hacerse. Por esa razón sitúo mi perspectiva, y creo coincidir en esto con los que asisten hoy a este evento, desde una posición que no puede llamarse neutral en el sentido tradicional del término, pero no por ello afirmo que esta psicología a la que le damos forma el día de hoy en torno a los acontecimientos de Ayotzinapa, deje de pretender ser científica u objetiva. Esta objetividad de la psicología, sin embargo, no será nunca un criterio soberano y abstracto en sí mismo, sino siempre anclado en las condiciones materiales y sociales en donde tal psicología existe y en relación a la vida concreta de los sujetos de los que afirma algo, y además, tal objetividad se orientará en valores que consideramos necesariamente explicitables pero que no dejan nunca de ser discutibles. Siguiendo a Habermas (1968) y a muchos otros, afirmo que la ciencia, en particular la ciencia psicológica, no debe únicamente crear conocimiento sino que debe crear conocimiento orientado a la emancipación social.

Por ello, me permito afirmar que la psicología no debería dudar en decir algo sobre Ayotzinapa, y que incluso debería sentirse obligada a decir algo sobre Ayotzinapa, sobre lo que ahí, pero también en Tlatlaya recientemente, en Tierra Caliente, en Ciudad Juárez, en Atenco, en Acteal, en Aguas Blancas, en San Quintín, en el norte y en el sur, en el sesenta y ocho, en todo México y en el mundo, ha pasado, y en particular sobre aquella clase de cosas que, como el asesinato y la desaparición arbitraria de estudiantes, resultan intolerables e indignantes. Sobre esa clase de cosas en particular, la psicología debería decir algo y sobre todo decir algo con la finalidad explícita de que tales cosas no vuelvan a ocurrir.

Sobre Ayotzinapa como síntoma

Dudo mucho en respetar el título de mi intervención para continuar hablando. Sugerir que Ayotzinapa es un síntoma me resulta chocante de forma inmediata. Me preocupan las resonancias excesivamente clínicas, patologizantes y hasta normalizantes que pueda tener la metáfora. No estoy diciendo que si Ayotzinapa es un síntoma eso se deba a que los normalistas de la Escuela Normal Rural “Raúl Isidro Burgos” estén enfermos o a que tengan alguna especie de trastorno de personalidad, que sean psicópatas o algo por el estilo. Tampoco estoy tratando de afirmar que las normales, urbanas o rurales, sean la lesión que se manifestaría en el síntoma que es Ayotzinapa. Mucho menos afirmo que la psicología, al considerar que Ayotzinapa es un síntoma, debería encargarse de arreglar, curar, erradicar o normalizar dicho síntoma para hacer retornar un estado de salud, ya sea en los estudiantes, en sus padres, en las normales o en la sociedad entera. Si podemos concebir tales acontecimientos en su pleno valor de síntoma, habrá que hacerlo desde la perspectiva menos medicalizante del término. Ya Georges Canguilhem, Michel Foucault, el mismo Sigmund Freud y por supuesto Jacques Lacan, pero también toda una tradición antigua, concebían el pathos, el sufrimiento y sus manifestaciones, como algo más que un mero desarreglo respecto de un estado ideal de salud. Si nos tomamos en serio sus formulaciones deberemos comprender que el síntoma no es nunca, en primer lugar, algo encerrado al interior de un espacio individual, sino algo que se encuentra siempre en relación con las condiciones totales de existencia de un ser, y en segundo lugar, el síntoma no es tampoco aquello que representa un pleno obstáculo para la vida, sino aquello que de ella nos muestra una verdad, una verdad otra. En sus formidables análisis, Foucault (1961, 1957, 1974, 1975, 1976 y otros) nos ha legado una historia de los límites, de las periferias, de los márgenes, del afuera mismo, y de todos aquellos personajes que habitan en esa opacidad: el loco, el enfermo, el homosexual, el perverso, el delincuente, la histérica, el desadaptado, etc. La verdad en sí misma, el fundamento de verdad que ha posibilitado la constitución de un saber positivo sobre el hombre en todas las ciencias humanas, incluyendo a la psicología, no está en ellas mismas, sino en aquello que cuestiona la imagen del hombre normal. La verdad del hombre normal no está en sí mismo, sino en su exterioridad amenazante, en todo aquello que lo pone en duda. Sabemos de la salud solamente por la enfermedad, de ahí que Canguilhem (1990 p. 52) sentenciara la imposibilidad de una verdadera ciencia de la salud, en la medida en que el conocimiento de la salud tiene como condición la pérdida de la salud misma. Prodigiosa formulación que nos obliga a reconsiderar el problema de la enfermedad, no sólo como aquello que merece una terapéutica, sino como la senda hacia la verdad de un aspecto del ser. Por otro lado, ¿acaso Freud (junto con Joseph Breuer) desde sus “Estudios sobre la Histeria” (1893-1895) no nos ha mostrado que el síntoma histérico expresa una

verdad sobre la sexualidad ahí donde no se percibía previamente sino como una mera simulación aborrecible? ¿y con ello mismo, Lacan (1955), no reafirma que la verdad – que puede ser la del síntoma- tiene la estructura de una ficción, o que incluso habría que elevar al síntoma al estatuto de la santidad (1975-1976)? ¿Puede acaso haber una ciencia psicológica sin pasar por la verdad que ofrece el síntoma? Seguramente Janet (citado en: Foucault, 1957) hablaba con justeza cuando afirmaba que la psicología debía retornar a los infiernos de la psicopatología si quería llegar a comprender algo.

Si considero entonces que Ayotzinapa puede entenderse como un síntoma, es precisamente en el sentido en el cual habría de concebirse como aquello que muestra algo más que una mera condición atípica, singular y extraña en sí misma al contexto al cual pertenece. El síntoma que sería Ayotzinapa, el síntoma que podría llegar a ser Ayotzinapa, si es que llega a serlo, sería mucho más que algo que se ha desviado de la normalidad, sería en cambio la verdad misma de esa normalidad, el fundamento sin el cual no podríamos comprender la normalidad de la vida social, política, económica e ideológica de este país. Sería la verdadera verdad histórica, más allá de la increíble verdad histórica sobre los hechos del veintiséis y veintisiete de septiembre del año 2014 en Iguala y Cocula, que contundentemente postulaba el cansino exprocurador Jesús Murillo Karam (2015), al pretender cerrar el caso de los cuarenta y tres estudiantes desaparecidos. La increíble verdad histórica de Murillo Karam, sustentada en supuestas pruebas científicas, abre paso a algo más importante para nosotros, a una verdad no científica, pero no por ello menos importante en este caso, abre paso a la verdad revelada, la verdad que se revela sin ser convocada por el que habla, es decir, por el propio Murillo Karam. Es ésta una verdad incómoda que se hace manifiesta en el propio decir del exprocurador, como la enunciación en el enunciado, pues sin duda cuando dice, dice mucho más de lo que quiere decir. Ayotzinapa no sería entonces sólo un malestar local, un problema concerniente a estudiantes -que no serían en realidad estudiantes por no estar estudiando dentro de una escuela-, secuestrados y asesinados por una equivocación atribuible a un cártel del narcotráfico, no sería sólo un síntoma que convoca arreglo, reordenamiento o normalización casi bajo la consigna de “si no quieren que les pase esto, entonces compórtense como deben hacerlo”. Este síntoma tal vez no convoque a una cura en el sentido más medicalizante del término, sino que merece ser escuchado por la verdad que vehiculiza, esa verdad es la de los estudiantes normalistas aquejados por un sinfín de carencias e iniquidades, que padecen la represión y el exterminio por no estar de acuerdo con el estado de cosas, es la verdad de todos, la del día a día de cada uno de nosotros, la de una sociedad y de un sistema, la verdad de su falla estructural, la de su iniquidad constitutiva, la de su condición endémicamente injusta y peligrosa. Este síntoma que es Ayotzinapa hay que elevarlo al estatuto de

crítica, pues al revelar la verdad de nuestra condición social, también muestra que dicha condición es inaceptable, y desde el momento en que la contemplamos en lo que es en sí misma, en su faz brutal e intolerable, ya podemos comenzar a transformarla.

El síntoma como capacidad de subversión

Este aspecto paradójico de la verdad que es el síntoma es lo que más me interesa destacar ahora. Paradójico digo, en cuanto que el efecto de verdad del síntoma siempre va en contra de sí mismo, pues lo que Ayotzinapa nos muestra, la comprensión que nos permite, la conciencia que posibilita articular, es la de aquello que debe desaparecer, la de aquello que debe desaparecer en cuanto se revela (y rebela). Y precisamente, desde que tomamos conciencia de todo aquello que Ayotzinapa revela (y rebela), lo revelado en sí comienza a transformarse, y en el límite, quizá llegue a desvanecerse. La toma de conciencia a través de la verdad revelada por el síntoma es, al mismo tiempo, el inicio del fin de lo revelado. La psicología, los psicólogos, todos en general, deben atender a Ayotzinapa, deben escuchar lo que ahí pasa, no debemos dejar de pensarlo, de recordarlo y de hablarlo, pues justamente al ponernos en contacto con la verdad amplia que muestra, podemos tratar de evitar que se repita. No dejo de preguntarme cuántos psicólogos, psicólogos sociales y comunitarios habrían sido necesarios para provocar el surgimiento de una conciencia social como la que podemos constatar en los padres de los desaparecidos, pero también en las miles de personas que han respondido con indignación ante los acontecimientos aquí tratados. Seguramente todo el saber de la psicología no habría sido suficiente para semejante empresa. Por ello mismo, considero que la psicología está obligada a decir algo sobre Ayotzinapa, pero desde la modesta perspectiva que la obliga a escuchar, a atender, a parar las orejas, una suerte de inquietud honesta ante una verdad que no se ajusta plena y tersamente a sus saberes. El síntoma que sería Ayotzinapa es una posibilidad de transformación para la sociedad en general, pero también para la psicología en particular, porque nos muestra lo que no podemos dejar que se repita, aquello que para nosotros debería resultar intolerable, y para que no se repita debemos transformar y subvertir nuestra psicología, debemos transformarnos y subvertirnos a nosotros mismos.

Referencias

- Canguilhem, G. (1990) *Escritos sobre Medicina*. Madrid: Amorrortu, 2002.
- Foucault, M. (1957) *La psicología de 1850 a 1950*. En: www.elseminario.com.

- Foucault, M. (1961). *Historia de la Locura en la Época Clásica. Tomo I*. México: FCE. 1998.
- Foucault, M. (1974). *Los anormales*. México: FCE, 2006.
- Foucault, M. (1975) *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión*. México: S. XXI, 2005.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la Sexualidad. 1.-La Voluntad de Saber*. México: S. XXI, 2005.
- Freud, S. (1893-95). *Estudios sobre la histeria*. En: O.C. T II. Buenos Aires: Amorrortu, 2004.
- Habermas, J. (1968) *Ciencia y técnica como ideología*. Madrid: Tecnos, 1986.
- Karam M. J. (2015) *Ayotzinapa: Mensaje sobre el caso Iguala; “la verdad histórica”*. Periódico: El Universal: México, martes 27 de enero del 2015.
- Lacan, J. (1955) *La cosa freudiana*. En: Lacan, Jacques. (1966) *Escritos 1*. México: Siglo XXI, 2005.
- Lacan, J. (1975-1976). *Seminario 23 “El sinthoma”*. (Inédito. Versión completa de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Traducción y notas de Ricardo Rodríguez Ponte).

Fecha de recepción: 20 de marzo 2015

Fecha de aceptación: 27 de marzo 2015